

El nuevo puente de Toledo

Coincidencias y discrepancias

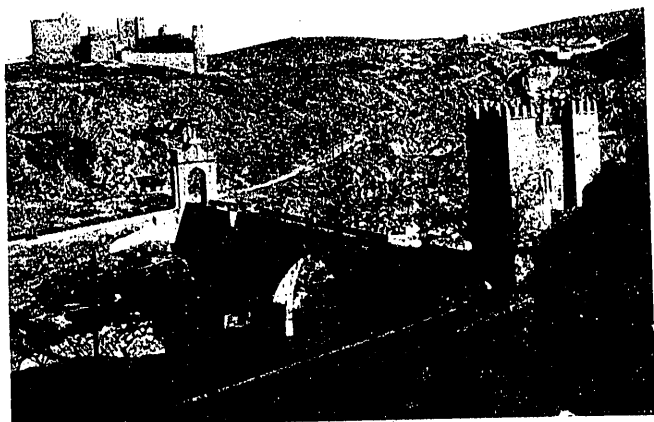
Es curioso lo que me ocurre con los arquitectos, o dicho con más precisión, con el grupo de arquitectos que forman la Sociedad Central de dicha profesión y su órgano oficial la Revista *Arquitectura*, con motivo de la probable construcción de un nuevo puente sobre el Tajo en Toledo.

Preocupado ante la enorme responsabilidad que contrae la época contemporánea al incorporarse artísticamente a Toledo, escribí un artículo en la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS (1), hace cerca de un año, haciendo algunas consideraciones técnicas y artísticas sobre lo que debiera ser el futuro puente de Toledo.

Al indicar la situación señalada por los técnicos oficiales al nuevo puente, expuse mi temor de que, por estar demasiado cerca del de Alcántara, hubiera efectos desagradables de superposición, por lo que recababa la libertad de situar la obra en el punto más adecuado, después del estudio previo de sus ac-



La Posada de la Sangre. (Fot. González Lacasa.)



El puente de Alcántara y el Castillo de San Servando. (Fot. González Lacasa.)

cesos, y hasta llegué a decir, que ante la posibilidad, plenamente confirmada, de que la vía férrea se prolongase hacia Bargas, se estudiasen simultáneamente los trazados de las vías férrea y ordinaria y que ésta fuera el eje de una expansión lógica del Toledo moderno por la vega y arrabales, para dejar intacto el antiguo, como acrópolis de la ciudad.

Al examinar el aspecto artístico del problema, la idea fundamental de mi trabajo fué, que esta obra, eminentemente ingenieril, se hallara exenta de toda preocupación de estilo preconcebido. Aferrada la arquitectura contemporánea a las formas tradicionales, viene despreciando el partido que cabe sacar del progreso de la técnica y de los nuevos materiales

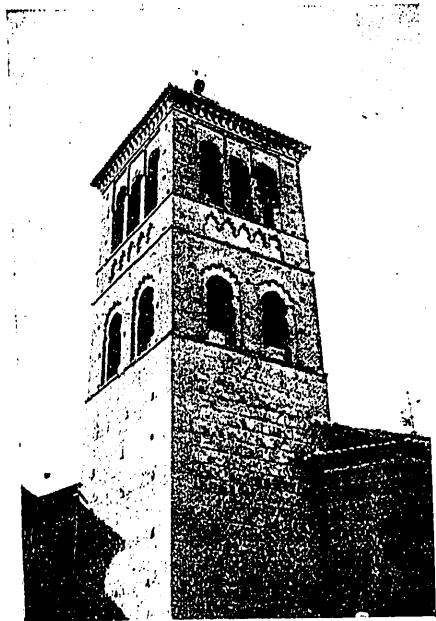
que la industria moderna pone a disposición del constructor, y quería, que el nuevo puente de Toledo naciera henchido de modernidad.

Que el peligro de acogerse a un estilo histórico no es una quimera, salta a la vista en Toledo mismo. El hotel Castilla, el palacio de la Diputación, la estación del ferrocarril y, en general, cuantas construcciones modernas urbanas monopolizan celosamente los arquitectos, acusan las hondas raíces del mal, que recibe el exótico nombre de *pastiche*. Mi fundada alarma se avivó al leer en el periódico de Toledo, *El Castellano*, un artículo en el que el Sr. G. Hidalgo describía, como si lo viera ejecutado, un futuro puente gótico, cuya primera piedra se colocase durante las



Jardín de la Casa del Greco. (Fot. González Lacasa.)

(1) Véase el núm. 2 429, de 15 de mayo de 1925.



Torre de San Román.
(Fot. Ruiz y López.)

fiestas del Centenario de la Catedral, lo que me movió a escribir un segundo artículo (1) insistiendo en la idea de que, para hacer obra viva, el artista ha de inspirarse en las ideas de su tiempo, y aconsejé en términos generales a los arquitectos, que dieran más importancia a lo constructivo que a lo puramente ornamental.

Pedía, finalmente, que en el proyecto intervinieran des-

de su gestación toda clase de artistas, aunque la dirección se encomendase a los ingenieros de Caminos, por la naturaleza y carácter oficial de la obra.

Quería, en suma, atento a la más perfecta resolución del problema, que los que acudieran al concurso tuvieran plena libertad en la elección del punto del río en que el nuevo puente ha de situarse, libertad para fijar la altura de la rasante, libertad para elegir materiales, libertad de colaboraciones, libertad en todo, excepto para el *pastiche*.

* * *

El primer efecto extraño de mi artículo, al ser conocido por algunos comentarios favorables de don Francisco de Alcántara en *El Sol*, fué la instancia dirigida al Ministerio de Fomento por la Sociedad Central de Arquitectos, oponiéndose a la construcción del puente, por suponer equivocadamente, que se había impuesto la obligación de que el material fuese necesariamente el hormigón armado.

Sostuve después en *El Sol* una amable polémica de leves discrepancias doctrinales con mi excelente amigo el Direc-

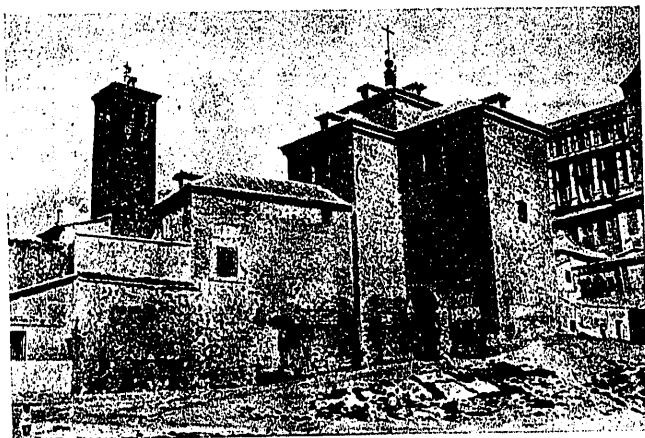
tor de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, Sr. López Otero, y sobre el mismo tema cambié impresiones de palabra, casi concordantes, con arquitectos tan notables como Palacios, Bellido y Fernández Balbuena.

Cuando creía agotado el asunto, me sorprende, con su retraso habitual, la revista *Arquitectura*, publicando un artículo con la firma del joven arquitecto D. Leopoldo Torres Balbás, que, por su merecido prestigio como crítico de arte, he de comentar.

Empieza el artículo con una reseña histórica y descripción geográfica de Toledo y sus puentes, y presenta a continuación a la urbe toledana como síntesis de la España medieval.

Las injurias del tiempo y de los hombres—dice—«no han conseguido hasta el momento actual desfigurar mucho su ambiente secular», aunque a espíritu tan sensible como el del Sr. Torres Balbás le ha herido la intromisión de «las modernas construcciones de un pretendido estilo antiguo toledano».

Entra después a examinar la posibilidad de la construcción de un nuevo puente, y hace consideraciones muy atinadas acerca de la situación que debiera ocupar, mostrándose partidario de que se aleje lo



Torre de San Miguel.
(Fot. Ruiz y López.)

más posible del antiguo de Alcántara; y lamenta con este motivo, que no esté hecho el estudio completo de la urbanización y ensanche de Toledo del lado de la estación del ferrocarril y de la vega. Muy bellamente dice: «Dejemos descansar el suelo de la ciudad, fatigado de servir de cimiento a tanta civilización como en él se fué sedimentando, y construyamos nuestros modernos edificios sobre las tierras de labor de la vega, libres desde hace siglos de edificaciones.»

Continúa el artículo insistiendo en el bello efecto que por su situación produce el puente viejo, pleno de recuerdos, y en los temores fundados del mal irremediable que causaría la proximidad de otro, cualquiera que éste fuese; pero si existe la ineludible necesidad de construirlo, gira su pensamiento alrededor de otra idea fundamental: la de que el nuevo puente, cerca o lejos del antiguo, «sea obra representativa de nuestros días y no un *pastiche* más». Con este motivo dice, que en las páginas de la revista *Arquitectura* «se viene repitiendo insistentemente que las estructuras modernas suelen poseer suficiente belleza en sí mismas, sin necesidad de añadido alguno, y que al tratar de hacerlas artísticas es cuando se las desfigura y ridiculiza». Este es el momento en



Torre de Santa Leocadia.
(Fot. Ruiz y López.)

(1) Véase el número 2.439, de 15 de octubre 1925.

que se me alude, presentándose como contrario a la austeridad ornamental y enemigo del poste telegráfico como monumento arquitectónico, aludiendo a mi controversia con López Otero, quien, desalentado ante la impotencia de la arquitectura contemporánea, después de afirmar, que la vieja ciudad «ya no admite obras maestras», pretendía reducir la importancia estética del nuevo puente a la de un poste,

exageración a la que me opuse en mi réplica de *El Sol*.

Y termina el artículo del señor Torres Balbás con un párrafo final que titula: «¿Ingenieros o arquitectos?», en el que, después de afirmar que a la opinión, como así es cierto, no le interesan las rivalidades profesionales, sino el acierto en la resolución del problema del nuevo puente, hace una caprichosa repartición de las obras



Abside de San Justo y Pastor.
(Fot. Ruiz y López.)

que deben ser de la competencia de dichas profesiones, barriendo para casa, como vulgarmente le dice.

* * *

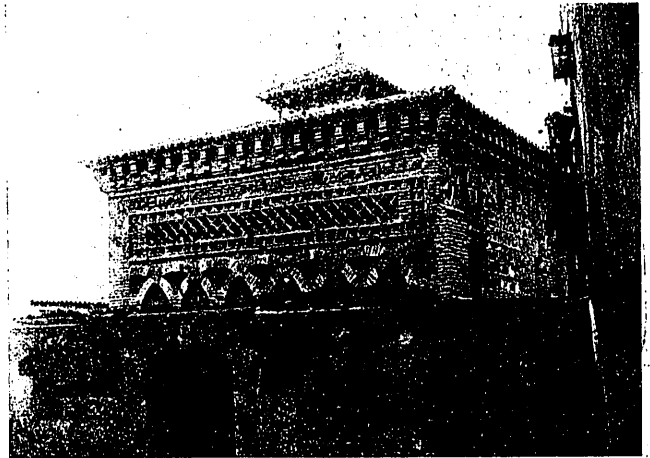
De los artículos del Sr. Torres Balbás y del mío, que apareció casi un año antes que el de aquél, se deduce, que estamos conformes en las ideas fundamentales técnicas y artísticas, que han de tenerse en cuenta, al proyectar el nuevo puente sobre el Tajo en Toledo, y resulta lamentable, que en vez de citar las coincidencias, como yo hago, máxime cuando es él, el que coincide con mi campaña, me cite sólo por haber hablado incidentalmente de una posible decoración cerámica, en que mis palabras eran sencillamente: «Será el momento de ponderar masas, afinar líneas, purificar contornos, entonar colores, y para todo esto el hormigón es un material de infinita docilidad en el que el cálculo y la fantasía, o sea la ciencia y el arte, pueden vivir en la más fecunda armonía. Los productos cerámicos (no se olvide que Talavera está en Toledo) tendrían su aplicación lógica, siempre que se empleen con discreción y oportunidad.»

Recomiendo, como se ve, que la ornamentación se emplee con discreción y oportunidad, y antes, en el mismo artículo, dirigiéndome a los arquitectos, les digo «que es preciso que piensen más en la comodidad y solidez estricta de sus obras y menos en los ornamentos injustificados», por ser este el vicio cardinal de la arquitectura actual.

No dudo, que la revista órgano oficial de la Sociedad Central de Arquitectos clama, que las estructuras modernas poseen belleza en sí mismas; pero que predica en el desierto, salta a la vista, a quien recorra

nuestras calles y plazas. Por eso dije en mi réplica al Sr. López Otero «que si resucitasen Ifigias y Pericles y se encontrasen de pronto conversando de arte en una de nuestras «Grandes vías», huirían horrorizados ante la mueca grotesca de las fachadas de los edificios urbanos, y tal vez se acogieran gustosos a la sombra amable de una estructura desnuda y categórica de hormigón armado».

Los arquitectos, que tanto han pecado y pecan en



El Cristo de la Luz.

el empleo profuso de ornamentos caprichosos—hablo siempre que censuro en términos generales—pretenden, como los atacados de *delirium tremens*, aplicar la terapéutica de la absoluta abstención, para curarse del vicio que les corroe, y es indudable, que en esta época—en que el repertorio de formas antiguas ha perdido su prestigio, por el mal uso que de ellas hace la Arquitectura, sin que hayan alcanzado vigor suficiente las que han de sustituirlas—es medida prudente, ofrecer limpias las obras de ornamentos expresivos. Hasta que el enfermo sane, la higiene de una arquitectura desnuda, que requiere una composición de pureza perfecta, donde la belleza surja del solo juego de las fuerzas, me parece excelente, y por eso aconsejaba en mi discutido artículo, a los arquitectos, «que calculen más aunque dibujen menos», y en mi réplica al Sr. Otero le hablaba de la



Santiago del Arrabal.

(Fot. González Lacasa.)

«fe que alienta en muchas obras ingenieriles, concebidas con emoción espiritual puramente científica, por lo que se hallan más próximas al gran arte que las arquitecturas actuales».

Por esto me atreví a recomendar, sin temor, a los ingenieros, que usaran con moderación, lo que es un veneno para los arquitectos, y pensando sólo en aquéllos, les dije que la obra del nuevo puente de Toledo, «eminentemente ingenieril, debiera tener algo más que ciencia pura», a lo que replican los Sres. López Otero y Torres Balbás, de perfecto acuerdo, que «quien proyecte el nuevo puente de Toledo tiene que huir de todo propósito de emparejar morganáticamente el arte con la ciencia, ni de adornar el cálculo con la fantasía, ni de buscar consejos decorativos, ni socorros cerámicos, ni pensar en otra cosa que en disponer la viga o el arco del modo más inadvertido posible, sin otra finalidad estética que la que puede tener un poste telegráfico o un soporte de línea eléctrica. El cálculo hecho sólido, sin ninguna otra aspiración vanidosa».

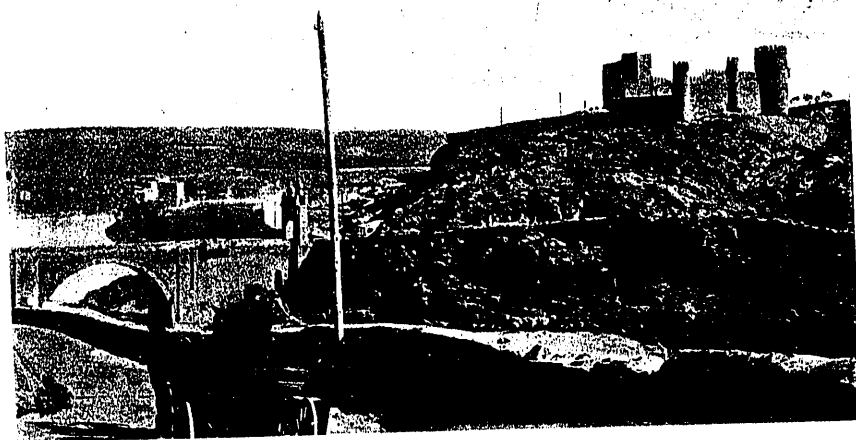
Estas palabras, como ducha de agua fría que tonifique la decaída arquitectura, son de una tristeza desoladora. Ellas revelan desaliento enfermizo ante la resolución de un problema vivo de arte, ya que lo abandonan a la técnica del ingeniero, que cumplirá noblemente con su deber; pero es lamentable, que los arquitectos se inhiban, ante el miedo de desentonar.

La construcción más lógicamente concebida y con más verdad ejecutada, por muy expresiva que sea —el puente lo es en alto grado—, puede resultar brutal y prosaica. Alegrarla es el fin de la decoración y la ornamentación, que alguien ha llamado la sonrisa de la materia. Despojad al Partenón de la obra de Fidias, y con toda la sencillez y claridad de su estructura, le veréis torpemente mutilado.

Nuestro tiempo exige a los cultivadores de arte arquitectónico, que su sensibilidad vibre con sugerencias de alta intelectualidad, para que arte y ciencia, fantasía y cálculo, sin contubernio morganático, sino en íntima comunión espiritual, den con amor vida actual a la obra de arte. El pensamiento solo, la imaginación aislada son estériles en arte. Siendo la belleza indefinible, el razonamiento puro sólo engendra estéticos, críticos y pedantes; por otro lado, la fantasía sin freno caracteriza a los decadentes. El ingeniero aferrado a su técnica construye sin conmover; el arquitecto que no calcula, ni convence, ni conmueve. Sólo el ingeniero-artista o el arquitecto-ingeniero llegarán a la perfección soñada en el monumento constructivo. Y como esa personalidad no existe o es muy rara actualmente, no cabe otro recurso que el de la colaboración, siempre que logren entenderse arquitecto e ingeniero, no para buscar aquél auxilios constructivos y éste «consejos decorativos o socorros cerámicos», como dice el Sr. López Otero, sino para fundirse en una sola personalidad, que actúe en todo momento desde la primera concepción de la obra hasta ultimarla. Sería fatal, que el ingeniero proyectase la estructura solo y a continuación el arquitecto la ornamentase; pero todavía es peor, como desgraciadamente ocurre, que se anticipe a actuar el arquitecto, y cuando tiene terminado el proyecto, incluso con perspectivas y *maquette*, reclame socorros constructivos del ingeniero.

Esto me conduce a tratar más ampliamente de las atribuciones de arquitectos e ingenieros; pero el tema, como en el artículo del Sr. Torres Balbás, merece capítulo aparte.

Vicente MACHIMBARRENA
Ingeniero de Caminos



«Un poste telegráfico—aunque otra cosa crea el Sr. Machimbarrena—puede tener considerable importancia estética.»
(Fot. Ruiz y López.) LEOPOLDO TORRES BALBÁS